

Martes I de Cuaresma



20 de febrero de 2024

Is 55,10-11

Sal 33

Mt 6, 7-15

P. Eduardo Suanzes, msps

En la Primera Lectura del profeta Isaías se nos enseña la interrelación entre la Palabra de Dios y el camino a seguir por el creyente. Isaías había pronunciado muchas palabras: tan magníficas que resultaban increíbles; además algunas eran tan extrañas... ¿Serán verdad? Sí, porque el Señor que las pronunció las cumplirá. Lo que pasa es que Dios tiene otro estilo o modo de planear y actuar, por eso es que inmediatamente antes del trozo que acabamos de escuchar, Dios decía: «*Como el cielo está por encima de la tierra, mis caminos están por encima de los de ustedes y mis planes de sus planes*»¹. Es decir, que tenemos que superar nuestra perspectiva a ras de tierra para remontarnos a la perspectiva divina y comprender el acierto del "camino" de Dios.

Por tanto, toda Palabra pronunciada por Dios se cumple a su estilo, a su modo de hacer las cosas, muchas veces sobre nuestros renglones torcidos.

Dios está cerca, como también, un poco antes, había dicho: «*Busquen al Señor mientras se deje encontrar, invóquenlo mientras esté cerca*»²; pero también está lejos, porque también nos dice: «*Como el cielo está por encima de la tierra, mis caminos están por encima de los de ustedes*»³. Pues bien entre la cercanía y la lejanía de Dios media su palabra, que baja del cielo para realizar y revelar la salvación. Es como la lluvia, que es la bendición primaria, el don activo que desata actividad; el riego que fecunda y hace engendrar. Su ritmo no es el de la eficiencia, sino el de la fecundidad. La lluvia pone en movimiento un ciclo: empapa la tierra, la fecunda, hacer germinar la semilla, y con la cosecha, se produce el alimento⁴.

Creo yo que es importante que nos demos cuenta que el ritmo de acción de la Palabra no es la eficiencia, como nosotros la consideramos, sino la fecundidad, como hemos dicho arriba. A Dios le interesa más lo segundo que lo primero. Nosotros deseamos de Dios una acción eficaz e inmediata; pero Dios busca, por encima de todo, engendrar, porque eso es lo característico del Padre: engendrar. Por eso es Padre. El Padre engendra con su Palabra, y por su Palabra, en nuestros corazones; engendra con su Palabra, y por su Palabra, en nuestras actividades pastorales; engendra con su Palabra, y por su Palabra, las reflexiones de cualquier tipo en el ámbito de la Iglesia. Lo que busca es engendrar. El Padre, por su Palabra, engendró, por ejemplo, en el Concilio Vaticano II, y esa fecundidad se va desarrollando a su ritmo, porque supone un ciclo de germinación, crecimiento y fruto.

¹ Is 55,9

² Is 55,6

³ Is 55,9

⁴ Cfr. LUÍS ALONSO SCHÖKEL. *Biblia del Peregrino. Edición de Estudio. Vol II.* Ed. Verbo Divino. Estella. 1997

Y si, por tanto, la voluntad de Padre es que su Palabra fecunde y engendre, cuando le pedimos en la oración del Padrenuestro, del Evangelio de hoy, que se haga su voluntad, que se cumpla, le estamos pidiendo que queremos entrar en el ritmo de Dios y no en el nuestro, que deseamos abandonar nuestro estilo, nuestro modo de pensar y de hacer las cosas, para sumergirnos en el «*mis caminos están por encima de los de ustedes y mis planes de sus planes*»⁵. Por eso es que Jesús decía: «*Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra*»⁶, que es lo mismo que decir: «—Porque soy la Palabra no puedo sino desear engendrar, porque esa es la voluntad del Padre y por eso hago nuevas todas las cosas⁷ y nada de cuanto existe se ha hecho sin mí⁸».

Ese es el objetivo de la vida de Jesús y, al enseñarnos la oración del Padrenuestro, quiere que nosotros entremos también en ese ciclo generador. «No trata Jesús de modificar la voluntad del Padre adaptándola a la suya, sino de ajustar fielmente su voluntad a la del Padre. No se trata de cambiar la voluntad de Dios para que cumpla la nuestra. Se trata más bien de cambiar nuestra voluntad para cumplir la de Dios»⁹. Por eso es que cuando pronunciamos «Padre, *Abbá*» con el corazón implicado, estamos resumiendo el contenido de toda la historia de la redención¹⁰, desde la creación del universo hasta el fin de los siglos y estamos con ello adhiriéndonos con todo nuestro ser a ese ciclo fecundo que procede de Él.

Es por eso que Santa Teresa de Jesús escribe: «Toda la pretensión de quien comienza oración (y no se os olvide, que importa mucho) ha de ser trabajar y determinarse y disponerse con cuantas diligencias pueda a hacer conformar su voluntad con la de Dios: en esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzaren el camino espiritual»¹¹

Recordemos que todas las parábolas del Reino tienen que ver con dinamismo, con fecundidad, con ritmo generador: «*el Reino de Dios se parece a un sembrador...; el Reino de Dios se parece al grano de mostaza...; el Reino de Dios se parece a la levadura...; el Reino de Dios se parece a una mujer que busca...; a un vendedor de perlas; a un tesoro escondido que hay que encontrar...*» Por eso es que al enseñarnos Jesús en el Padrenuestro a pedir que «*venga a nosotros tu Reino*», no se lo estamos pidiendo a un Rey, sino al Padre, porque el Reino es movimiento, dinamismo, fecundidad, impulso generador, fuerza engendradora. De ahí que Jesús nunca llamó a Dios Rey a pesar de predicar el Reino, sino Padre.

⁵ Is 55,9

⁶ Jn 4, 34

⁷ Ap 21,5

⁸ Col 1, 16

⁹ JOSE ANTONIO PAGOLA. *Jesús de Nazaret. El hombre y su mensaje*. Ed Idatz. San Sebastián 1985

¹⁰ Cfr. JOSEPH RATZINGER. *Jesús de Nazaret*. Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2007

¹¹ TERESA DE JESÚS, *2M 1,8*